

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

la entrada en la ciudad

SE dice de España que es el país de los contrastes, porque en nuestro solar se marca a menudo la disyuntiva de una manera total; en muchos aspectos no es España zona de términos medios: sol y sombra, Manolote y Arruza, Cánovas y Sagasta. La disyuntiva histórica, artística, climatológica ha demostrado la plenitud y quizá el equilibrio de nuestro carácter. Mas en otros aspectos España es una entidad jerarquizante, una estructura ascendente, a la que se llega por peldaños escalonados. Ved si no la entrada a Madrid: de la zona marrón a la zona verde —del páramo al parque— se proyectan uno a uno los eslabones de la sociedad, de modo que, viniendo en el tren —cosa que hacemos a menudo—, pasamos del proletariado a la clase media y a la aristocracia en solución de continuidad, de manera tan gráfica como si tuviéramos delante los baremos de Hacienda.

La entrada en Madrid por ferrocarril es singular. Vallecas resulta ser el anti-Potemkin. Sabido es que, en un viaje de la gran Catalina, el almirante y jefe de su Gobierno preparó la tramoya de tal forma que fueron vistas por la soberana, desde el tren, ciudades sólo de cartón, como en una película de Bronston. El político había inventado una Rusia de pacotilla para tranquilidad de la reina, todo a lo largo del trayecto ferroviario del regio viaje. Aquí, a esos grandes magnates que son los viajeros de ferrocarril en la gran época del turismo, les hacemos lo contrario. Demostramos a Europa y al mundo que España es, también, tal como ellos se la imaginan, tal como ellos nos la han, en cierto modo, inventado, es decir: con mugre, miseria, chiquillos harapientos y barracas entre el fango. La entrada a la capital de España reproduce a la inversa la invención de Potemkin. Es una página de la literatura social puesta ostensiblemente a la vista de los lectores extranjeros.

En esos desmontes ha encontrado Camilo José Cela algunos de sus prosódicos personajes; y José María Castellet tendría en ellos motivo de envidiosas lucubraciones sobre el porvenir de nuestra tierra. La sociología tiene mucho que decir entre las barracas. Hay calles interminables con dos palmos de fango en las que no podría pasar un carruaje sin que previamente se descolgara la colada que, de banda a banda, pende entre las casas. Las mujeres se ponen a lavar, en unos cubos abollados, de cara a la línea del ferrocarril y miran al tren, cuando pasa, con mirada de vacas pacientes y pastantes. Los chiquillos se persiguen por los desmontes y hay una mujer, vestida de negro, que escarba en ellos, con un palo, en busca de los desperdicios de carbón o de latas vacías.

Esa ciudad suburbial está, seguramente, inventada para satisfacción de turistas; de otro modo no se procuraría, como parece, que la línea del tren pasara precisamente por allí. Es la faz de España que nos han inventado los demás, y que, galantemente, les ofrecemos para que comprueben —y se sientan con ello satisfechos— que llevaban razón en sus juicios.

la vida en su conjunto

Mas ello no es así, o por lo menos no es así del todo. Ya el tren en mengua de su velocidad, cruzamos una zona de construcciones de ladrillo y de aposentos de varias plantas; es la clase media. Entramos en una zona social que ya va al cine y que, tal vez, se enfrasca en la televisión, los sábados por la tarde, en los bares de la zona. Ya el espíritu social ha cambiado sutilmente. Las pasiones se diluyen y asoma la malicia. De balcón a balcón, de ventana a ventana, mujeres en albornoz comentan los devaneos de la vecina. Ahí está latente la quiniela del fútbol, el ascenso del sobrino, el pase de favor en los toros. Cada uno de esos seres contiene una reserva mental de pequeños placeres posibles.

Y luego se llega a la ciudad que conocemos, a la ciudad que llamamos, a la avenida, a la arboleda, a la cafetería de lujo y al tránsito rodado. Pero el pueblo está en todos lados, vista como vista y se conforme con la riqueza o con la pobreza. También hay ricos que lo pasan mal.

Galdós contenía en sus páginas a la ciudad entera y por ello escribió aquella fabulosa novela titulada «Fortunata y Jacinta», síntesis, en la figura

el arte no es social

El problema del hambre en el mundo no lo puede resolver la obra de arte; y, por tanto, ponerse a hacer simplemente novela social —en la vertiente que ésta tiene de reivindicación económica— es traicionar los principios mismos del arte y, sobre todo, los principios de la economía, arquitectura difícil de la construcción jurídica y social, basada precisamente en que no sea mezclada con cosas como el arte. Ya hubo algo de eso en los años de la gran prosperidad textil barcelonesa, gracias a lo cual existen, en Barcelona, los esperpentos arquitectónicos de ciertas zonas del Ensanche. El dinero no se puede mezclar con la creación artística, pero —menos que él aún— la falta de dinero. La novela social de hoy es menos franca —y desde luego menos novela— que la de Pérez Zúñiga en el siglo pasado.

Los elementos que cultivan la novela social de hoy no se dan cuenta del vertiginoso giro que están dando los acontecimientos con relación a la estrategia, a la economía y a las bases mismas del mundo nuevo. Y no se dan cuenta de que, en una época de estabilización y de prosperidad, otra vez la novela que habrá que cultivar en el mundo será la novela de amor, con todas sus consecuencias. En Vallecas, en la Bordeta o en los Campos Elíseos. Y a través de ella, como en «Fortunata y Jacinta», sobrevivirá una ciudad.

La entrada a las ciudades no es signo de su esencia. A las ciudades se entra por donde la historia les ha llegado. Los caminos que estamos utilizando —incluso los caminos de hierro— son, la mayor

parte de las veces, consecuencia natural de la historia. A veces son, todavía, puras zonas de pastoreo y la traza que tienen es la del ganado.

Ello nos indica que, contra lo que creemos, no todo está inventado. Los novelistas sociales miran a los demás como un producto subalterno de la historia, al que habría que tutelar. Nos recuerdan la frase de Churchill en el Parlamento, ante un diputado laborista que le hablaba del pueblo. «Usted se figura, por lo visto, que el pueblo empieza detrás de usted». La historia la hacemos todos, los pobres y también los demás. Nadie queda limpio de culpa.

Todos —unos y otros— pueden ensanchar el camino e incluso inaugurarlo. Lo que no es posible es, según la facha de algunos editores —y aun de algunos autores y ensayistas—, no ser ni ricos ni pobres sino todo lo contrario. Me refiero al apoyo que tienen los libros editados sobre la miseria por editores que van en yate.

La raíz sociológica de los hechos, trasvasada a la literatura, debiera manifestarse exclusivamente en la objetividad, en la lealtad y en la limpieza de ánimo. Todo ello lo contiene el hombre. Y mientras el hombre no sea más, en las letras, que una caricatura, o un bulto urbano, no se puede hablar de novela social. La novela social era la de Balzac o la de Stendhal, enteramente entregadas a la función humana en el mundo colectivo de las ciudades y de los hechos.

Y no se puede hablar de objetividad en la novela si no es partiendo de la consideración objetiva del ser humano; no, simplemente, de su panorama exterior.